

PILAR CERNUDA

MONCLOA

CONFIDENCIAL



LOS SECRETOS DE LOS
PRESIDENTES EN ESPAÑA



Índice

Agradecimientos

Prólogo

La Moncloa, ese oscuro objeto de deseo

Fraga y Fidel Castro, a gritos

Los ¿chistes? de Aznar

Futuros ministros: sorpresa, sorpresa

Enemigos pero también amigos

Barones, con «B»

La agenda de Pepe Bono

«Federico Sánchez» y la Guardia Civil

La indiferencia de ZP

Todos los hombres del presidente: los asistentes

Una «invitada» terrorífica

Fraga y Felipe: el combate del siglo

La tentación de dimitir

¿Quién capitalizó el independentismo?

¿Aznar celoso del rey?

Vacaciones con polémica

La guerra de Aznar

Secuestrados

¿Decir «no» al monarca?

Secretarias: guardando secretos

De Os Peares a Os Peares

11-M: el peor día de Aznar

Una visita a los bonsáis

Tres encuentros, cero pactos

Regalos y regalazos

El escaño de Orense

Esperanza, Susana, Cristina

La hiriente «sinceridad» de Sarko

Suárez nunca tuvo un debate de investidura

La expresidenta acude al expresidente
Tartar de solomillo y otras delicias de La Moncloa
No al rescate y sí a la banca
Los papeles por el suelo
Cherchez la femme
... Y Rajoy salió a pelear

Créditos

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que debo agradecer la posibilidad de contar estas historias, sobre todo y por encima de todo a los presidentes del Gobierno de España y a los de los gobiernos regionales, que me dieron oportunidad de conocer de primera mano sus experiencias, objetivos, compromisos e ilusiones. Pero también merecen mención especial, y mi agradecimiento, los compañeros con los que compartí vida profesional y confidencias presidenciales, así como los que han escrito libros que me han servido de recordatorio. El tiempo lleva al olvido, pero las páginas bien escritas siempre permanecen.

Y por supuesto, en estas líneas es indispensable incluir a Ymelda Navajo y Mónica Liberman, almas de La Esfera de los Libros, que me propusieron escribir sobre los presidentes de la democracia.

Prólogo

Cuatro décadas han transcurrido desde que se celebraron las primeras elecciones democráticas en España, cuatro décadas que siguieron a casi cuatro décadas de dictadura. Cuatro décadas de esperanza, dificultades y transformaciones profundas que dieron un vuelco al país. Cuatro décadas en las que fue necesario tomar decisiones difíciles, pero indispensables para crear una democracia, asentarla y consolidarla.

Un año antes del 15-J, el 15 de junio de 1977 —fecha que marcó el inicio de esa democracia, pues se celebraron las primeras elecciones con participación de todos los partidos políticos—, el rey Juan Carlos señaló con su dedo entonces poderoso a un presidente al que nadie daba como posible sustituto de Carlos Arias Navarro, último presidente de los gobiernos de Franco, al que el monarca confirmó en su cargo porque necesitaba unos meses de tiempo para que se dieran los cambios legales necesarios que le permitirían poner en marcha el proceso democrático. Para ello, contó con la ayuda inestimable de otro presidente, el de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda.

El rey arrancó a Arias Navarro, de mala manera, su dimisión. Mala manera porque este se resistía, pero don Juan Carlos se resistió más aún a que continuara en su puesto y, además, tenía diseñada la operación que colocaría a Suárez en la presidencia del Gobierno y que ha sido muy contada:

logró la colaboración de muy pocos consejeros del reino pero, sobre todo, con la del mencionado Torcuato, que maniobró todo lo que pudo y más para que Adolfo Suárez formara parte de la terna que el Consejo del Reino entregaba al rey para que eligiera presidente. Suárez era en ese momento ministro secretario general del Movimiento, había sido exgobernador de Segovia y exdirector general de RTVE. Un hombre por tanto de incuestionable trayectoria franquista.

La espina de ser designado, no elegido, se la quitó Adolfo Suárez antes de que se transcurriera un año de su nombramiento, después de poner en marcha, impulsado por el rey, una serie de iniciativas que fueron recibidas con distinto entusiasmo por parte de la sociedad española, entre ellas la legalización del Partido Comunista. Se la quitó, pues, el 15-J, cuando fue elegido presidente en urna, con una mayoría de españoles avalándole como el candidato más votado.

Adolfo Suárez fue el primero de los seis presidentes de la democracia, pero en ese tiempo una treintena de españoles han ostentado el cargo de presidentes de un gobierno autonómico, entre los que destacan siempre los de las comunidades históricas —País Vasco, Cataluña y Galicia—, así como los andaluces por la vastedad de esa región que ha marcado el ritmo político al ser la de mayor número de habitantes. Como ocurre con Cataluña, Madrid o Valencia, a las que los políticos de todo signo han dedicado siempre especial atención.

Otros presidentes, sin embargo, han logrado protagonismo no por la relevancia de sus respectivas regiones, sino por su personalidad, sus propuestas, la manera de luchar con uñas y dientes por la defensa de sus ciudadanos, con frecuencia a costa de graves enfrentamientos con el Gobierno central, aunque el presidente de turno fuera de su mismo partido. Fue el caso del extremeño Juan Carlos Rodríguez Ibarra, que las tuvo tiesas con Rodríguez Zapatero,

al que le presentó su dimisión —y ZP la aceptó de inmediato, con excesiva presteza— porque no compartía su punto de vista respecto a Cataluña, entre otras cuestiones. Adivinaba Ibarra que se estaban sentando las bases para fomentar el independentismo. O fue el caso de José Bono, un socialista que se hizo fuerte e importante en la presidencia de Castilla La Mancha, lo que llevó a Zapatero a ofrecerle el ministerio de Defensa primero y la presidencia de las Cortes después. Bono también presentó la dimisión como ministro a Zapatero, pues tampoco estaba de acuerdo con sus decisiones sobre Cataluña y el nuevo Estatut.

Con frecuencia la relevancia de una comunidad autonómica ha estado marcada por la personalidad o no personalidad de su presidente, y quizá el caso más significativo es el de Extremadura, una región que no se encuentra entre las más relevantes por extensión territorial, número de habitantes o nivel económico, y que sin embargo tanto el mencionado Rodríguez Ibarra como Guillermo Fernández Vara y José Antonio Monago, de diferentes partidos, lograron que se convirtiera en un referente político permanente. En Galicia, Fraga consiguió que su región no pasara inadvertida; no había semana en la que no se produjera algún acontecimiento o una iniciativa que provocara polémica, con admiración una veces y rechazo otras. Fraga marcó tanto el hecho galaico con su arrolladora personalidad que Galicia no volvió a colocarse entre las regiones más emblemáticas hasta la presidencia de Núñez Feijóo. Y antes de Fraga, para bien o para mal, los diferentes presidentes no dejaron excesiva huella. La prueba del algodón es preguntar a cualquier español, incluido algún gallego, la lista de sus presidentes.

Sin embargo, pocos olvidarán mencionar a Juan Hormaechea en Cantabria, por ejemplo, permanentemente en el ojo del huracán. O a José María Aznar en Castilla y León, aunque Aznar pasará a la historia por su controvertido segundo mandato presidencial. Y será Juan Vicente Herrera

quien haya dejado el recuerdo de presidente más completo en esa también vasta región, aunque con muchos menos habitantes que Andalucía.

Desgraciadamente los casos de corrupción de algunos presidentes regionales han contaminado el nombre de sus regiones, pagando justos por pecadores, sobre todo en Andalucía, Valencia y Cataluña, aunque Baleares no se queda atrás. En cuanto a las veleidades independentistas, siempre tan problemáticas, se han desarrollado en Cataluña y País Vasco de desigual manera.

En Cataluña ha calado el independentismo provocando el principal problema político que tiene hoy y va a tener en el futuro el presidente del Gobierno de España, mientras que en el País Vasco, una vez «desaparecido» Juan José Ibarretxe, se han apaciguado los ánimos, aunque el nuevo *lehendakari*, Íñigo Urkullu, no desaprovecha la oportunidad de reivindicar mayores dosis de soberanismo. Incluso el presidente que gobernó entre los dos, Patxi López, coqueteó con la reivindicación permanente de que los vascos tenían más derechos que el resto de los españoles, lo que provocó su distanciamiento con el Partido Popular de Antonio Basagoiti, que le había «regalado» el acceso a la presidencia del Gobierno vasco *gratis et amore*.

Los «saltos» de las presidencias de gobiernos autonómicos a la política nacional han sido frecuentes, pero no menos frecuentes han sido los «saltos» en dirección contraria, sobre todo cuando se trataba de un ministro al que se mandaba de candidato para ver si arañaba votos al adversario apoyándose en la popularidad que daba ser ministro.

En todos los casos de mala gana, como quien es enviado a galeras; pero también en todos los casos agradeciendo al presidente de turno la oportunidad de ser candidato a trabajar por los ciudadanos de la tierra que ama tanto y a la que tanto debe...

Algo así dijo Manuel Chaves cuando, siendo ministro de Trabajo, Felipe González le comunicó que sería candidato

al gobierno andaluz. Días antes, al rumorearse que eso podía ocurrir, Chaves fue preguntado por unos periodistas sobre el asunto y lo negó rotundamente. Cuando le insistieron que eso estaba hecho, respondió con un contundente: «Solo seré candidato si soy conducido por la Guardia Civil». En cuanto se confirmó que lo sería, tardó apenas minutos en agradecer públicamente a Felipe González la oportunidad de trabajar por los ciudadanos de su tierra... Chaves, al menos, fue elegido presidente y se mantuvo durante diecinueve años. Hizo mucho por Andalucía, pero salió, junto a su sucesor José Antonio Griñán, con más pena que gloria. Sin embargo, no todos los ministros tuvieron la suerte de dejar el ministerio para convertirse en presidentes de gobiernos autonómicos.

Caso parecido al de Chaves fue el de Juan Fernando López Aguilar, que cuando era ministro de Justicia se vio obligado a dejar el Gobierno para convertirse en candidato por el PSOE a la presidencia del gobierno canario. Antes había confesado que quería continuar en el ministerio, pero cuando le «tocó» Canarias, le faltó tiempo para expresar su satisfacción, agradecimiento al presidente por la confianza y por la oportunidad de trabajar por la gente de su tierra... No fue presidente. En Canarias, se sabía de antemano, el presidente sería de Coalición Canaria durante muchos años, porque la animadversión entre PP y PSOE era tal que los dos partidos estaban dispuestos a coaligarse con CC para impedir que gobernara el adversario. Y CC siempre pedía, a cambio, la presidencia del gobierno regional y daba al partido coaligado la vicepresidencia.

No era Canarias la excepción. Miguel Angel Revilla sabe mucho sobre las ventajas de que el Partido Socialista esté dispuesto a cualquier cosa con tal de que el PP no gobierne en Cantabria. El Partido Popular solo ha gobernado en esa región cuando logró mayoría absoluta. Revilla, que no ganó nunca, ha sido presidente gracias a los socialistas. Quizá por eso se permite el lujo de ser tan heterodoxo, irri-

tante a veces por lenguaraz: tiene todas las de ganar, porque con la aparición de nuevos partidos las mayorías absolutas son difíciles de alcanzar.

Estos últimos cuarenta años, probablemente los más estables de la historia de España, finalizan de manera convulsa precisamente porque la proliferación de nuevos dirigentes con diferentes prioridades, exceso de ambiciones y escaso sentido de Estado, agranda las dificultades para elegir un presidente. Hasta ahora, siempre había unos nacionalistas catalanes, vascos, andalucistas o canarios dispuestos a prestar su apoyo al candidato de la lista ganadora, pero las elecciones de diciembre de 2015, con cuatro partidos nacionales, dejaron mermados de escaños a populares y socialistas, y los problemas para formar gobierno han llevado al país a una situación hasta entonces nunca vivida: partidos populistas e independentistas pretendían aprovechar la situación para poner sus exigencias sobre la mesa, que PP y PSOE se negaban a aceptar.

Todo se complicó con la animadversión de Pedro Sánchez hacia el PP en general y Rajoy en particular, lo que impedía una gran coalición como la de otros países de nuestro entorno, o que Sánchez diera a Mariano Rajoy un puñado de votos de abstención para permitirle gobernar. Se amparaba en que el Comité Federal de su partido había determinado que el PSOE nunca apoyaría un gobierno de Rajoy. Pero, como decían voces muy cualificadas de los socialistas, una cosa era no apoyar un gobierno y otra, muy distinta, permitir que gobernara quien había ganado dos elecciones mientras el principal partido de la oposición empeoraba sus resultados hasta colocarse en la cota más baja de su historia. La polémica sobre permitir o no el gobierno de Rajoy provocó la crisis interna más grave vivida nunca en el PSOE, partido que por otra parte sabía bastante de tensiones internas. Pero ninguna como la de octubre de 2016, con una reunión de su Comité Federal que obligó a Pedro Sánchez a dimitir de la secretaría general pero, lo que era aún peor,

dejó al partido gravemente herido. Para algunos dirigentes, herido de muerte. Y todo por el desacuerdo sobre quién debía ser presidente del Gobierno de España.

Finalizan, por tanto, las cuatro décadas prodigiosas con varias investiduras fallidas y nuevas generaciones de políticos que, al contrario de la trayectoria del PSOE y el PP de siempre tiran para lo suyo y anteponen sus intereses a los de los españoles.

Esas cuatro décadas que provocaron admiración en el mundo están escribiendo su epílogo con una España social y políticamente dividida, la lucha por la presidencia del Gobierno, provocando situaciones de enfrentamientos personales nunca vistos y los presidentes regionales socialistas enfrentados entre sí y mirando con recelo a la dirección nacional. Pero, al mismo tiempo, con temor a moverse demasiado por si se cumple aquello que una vez dijo un vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra: «El que se mueve no sale en la foto».

El problema es que hoy no hay ni foto. Salió movida cuando se puso sobre la mesa la necesidad de llegar a acuerdos para elegir un presidente de la nación. Elección que ha llevado a fracturas de imposible reconstrucción.

La Moncloa, ese oscuro objeto de deseo

Alberga el despacho desde el que se ejerce el poder político, el despacho desde el que se decide el destino de los españoles, el despacho que ansían los dirigentes de todos los partidos: el despacho del presidente del Gobierno.

El palacio de La Moncloa no fue construido para acoger al primer ministro o jefe del Gobierno, pero la historia y los acontecimientos del día a día obligaron a cambiar los planes previstos. Allí tuvo que acomodarse Adolfo Suárez por los problemas de seguridad que sufría España en los primeros años de la democracia, cuando ETA atacaba con toda su fuerza y que, después, se incrementaron aún más.

Suárez, una vez designado presidente del Gobierno por el rey don Juan Carlos en 1976, se instaló en el paseo de la Castellana nº 3, en el antiguo palacete de Villamejor que había sido comprado a sus dueños en tiempos de Alfonso XIII para acoger al presidente del Consejo de Ministros, como se llamaba entonces al jefe del Gobierno. Durante el mandato de Francisco Franco tuvo allí su despacho durante años el almirante Carrero Blanco, como ministro de la Presidencia, vicepresidente y después presidente del Gobierno. Tras su muerte lo ocupó Arias Navarro.

Suárez y sobre todo su mujer, Amparo Illana —una mujer muy familiar y muy culta a la que le gustaba más el con-

tacto con la calle que el trato con la gente del poder—, se encontraban bien en aquel lugar, en el centro de Madrid con todo a mano; pero a las pocas semanas de instalarse, el responsable de seguridad del presidente colocó sobre su mesa unas fotografías hechas desde el hotel situado frente a la residencia presidencial. En ellas se veía perfectamente a Adolfo Suárez en mangas de camisa trabajando en su mesa. La dinámica terrorista de ETA, que había asesinado a Carrero Blanco apenas tres años antes y que, en aquellos primeros tiempos de democracia, se hacía notar trágicamente con numerosos atentados, aconsejó cambiar la sede de presidencia, y, después de analizar otras ubicaciones — entre ellas el palacio de Buenavista, sede entonces del Ministerio del Ejército, en la plaza de Cibeles y muy cerca del Congreso de los Diputados—, se optó finalmente por el palacio de La Moncloa, apartado del centro de Madrid y que por su aislamiento ofrecía más garantías.

Se aprovecharon las vacaciones de verano para acondicionarlo mínimamente, pero lo cierto es que, cuando se trasladó la familia Suárez, el palacete ofrecía un aspecto deprimente, oscuro, viejo y destartado. Esto provocó una fuerte desazón en Amparo, que tiempo después sufrió una profunda depresión a la que contribuyó no poco el ambiente de La Moncloa y las condiciones en las que se encontraba el palacete, que tuvo que sufrir sucesivas obras de acondicionamiento. Entre otros motivos porque allí, además de albergar el despacho del presidente y los de sus colaboradores, debía residir una familia.

La Moncloa es un complejo de edificios con el palacio como punto de referencia, un antiguo palacete que encargó Carlos IV para su esposa la reina María Luisa. En el siglo XIX la reina Isabel II lo donó al Estado y se convirtió después en residencia de los jefes de Gobierno. Fue prácticamente destruido durante los bombardeos de la Guerra Civil y Franco mandó reconstruirlo para que se utilizara como residencia de los jefes de Estado extranjeros que visitaban

oficialmente España. Que, por cierto, eran muy pocos, pues en tiempos del franquismo no había muchos gobiernos que quisieran mantener relaciones estrechas con una dictadura. Con la excepción del presidente Eisenhower, al que se recibió con una auténtica apoteosis como prueba de la aceptación del régimen franquista y del fin del aislamiento internacional que sufría España desde la Segunda Guerra Mundial. El presidente estadounidense fue el jefe de Estado más importante que albergó La Moncloa en tiempos de Franco. Otros fueron el dictador dominicano Leónidas Trujillo, el rey Mohamed V de Marruecos, el emperador etíope Haile Selassie o el rey Saud de Arabia Saudí.

Cuando en 1976 Adolfo Suárez se vio obligado a trasladar allí su residencia familiar y el despacho oficial, los servicios de Presidencia ocuparon no solo el palacio sino los edificios cercanos pertenecientes al Ministerio de Agricultura. De hecho, aún hoy se llaman «Semillas» e «I. N. I. A» — Instituto Nacional de Investigación Agraria— los dos edificios más señoriales del complejo. En etapas sucesivas se levantaron varios pabellones de menos relevancia para acoger los diferentes departamentos adscritos a la Presidencia, entre ellos las vicepresidencias. Felipe González emprendió la obra de mayor envergadura cuando encargó construir lo que se llama Edificio del Consejo, con la sala donde se celebran las reuniones del Consejo de Ministros, el despacho de trabajo del presidente —hay otro protocolario— y, en la planta baja, además de diferentes salas, un gran salón —el Salón de Tapices— para recepciones, cenas y almuerzos con jefes de Estado y Gobierno. En ocasiones especiales se celebran también las ruedas de prensa con personalidades muy relevantes que concentran a un número destacado de periodistas.

La primera planta de palacio se acondicionó, en tiempos de Suárez, como residencia familiar, con la mayoría de los muebles pertenecientes a Patrimonio del Estado y mu-

chos de ellos nada apropiados para niños. Comentaba Suárez alguna vez que sus hijos pequeños tenían terror a pasar durante la noche por el vestíbulo distribuidor en el que desembocaba la escalera que subía desde la planta baja — donde se encontraban los despachos— a la residencia, pues en el centro había una mesa redonda, muy oscura, con patas que representaban diablos con expresión feroz. A Amparo Illana lo que más le molestaba e incrementaba la melancolía —que no la abandonó durante los años de presidencia de su marido— era la escasa intimidad familiar. Esa escalera era la única de salida y si quería ir a la calle estaba obligada a atravesar la planta baja, donde se desarrollaba la actividad de la Presidencia, plagada siempre de miembros del equipo de Adolfo Suárez, funcionarios y miembros de la seguridad. Nunca se quejó de falta de amabilidad en su presencia, todo lo contrario, pero siempre tuvo la impresión de que en La Moncloa se encontraba permanentemente vigilada. Era imposible tomar una iniciativa tan simple como dar un paseo por el jardín sin que se enterara todo el mundo. Años después se acondicionó una escalera lateral para uso de la familia, sin necesidad de atravesar el vestíbulo del palacio donde podían encontrarse, incluso, con dignatarios extranjeros que acudían a entrevistarse con el presidente español.

La mujer de Leopoldo Calvo-Sotelo, hija del que había sido ministro de Educación de Franco, Ibáñez Martín, y a la que por tanto le afectaban menos las cuestiones protocolarias y los compromisos oficiales porque había vivido con ellos, no dudó en tomar decisiones para convertir en más acogedoras las estancias de arriba, menos impersonales, menos «oficiales». Entre otras razones porque allí debían vivir el matrimonio y sus ocho hijos, con espacio para jugar, estudiar y sentir cierto respiro una vez que el padre dejara atrás sus compromisos oficiales. Pidió muebles funcionales apropiados para gente joven y también quiso disponer de un lugar en el que Leopoldo pudiera tocar el piano, una de